

CRISTÓBAL COLÓN.

---

Capítulo LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.

Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros volvieron con multitud de indigenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entonces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabellos negros, é iban armados con flechas y rodela.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maiz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

Desde luego llamó la atencion de Colon la manera que tenian de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, antes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demás chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.

Colon les preguntó cómo se llamaba aquel país, y entonces supo el nombre que le daban los naturales: *Paria*.

No pudiendo detenerse allí, rogó á algunos indios que le acompañasen en su viaje de exploracion, y con los que accedieron á esta súplica continuó navegando hácia el Oeste, hasta un paraje al que llamó la Aguja.

Cuando llegó á él era de noche.

Los primeros albores del crepúsculo matutino, iluminando el paisaje que tenia á su vista, despertaron en su alma, lo mismo que en la de los demás que le acompañaban, una profunda admiracion.

Los campos estaban perfectamente cultivados, y su vegetacion era espléndida.

Las chozas ó casas estaban defendidas por espesos bosques, cuyos árboles ostentaban preciosas y aromáticas flores.

Los pájaros de variados y brillantes matices que volaban de un lado á otro, y se paseaban por las ra-

mas de los árboles, aumentaban la belleza del paisaje.

El clima era suavísimo.

La amenidad de aquel paisaje hizo á Colon que le bautizase con el nombre de Los Jardines.

Poco despues de su llegada se acercaron á los buques numerosas canoas, mucho mejor construidas que las que hasta entonces habian visto, y con un camarote, en el que iban su dueño y los principales individuos de su familia.

La mayor parte de los indios adornaban su cuello con collares y láminas hechas en un oro de inferior calidad al que llamaban guanin.

Colon les preguntó donde encontraban aquellos adornos, y los indios señalaron el Occidente, indicando que el viaje hasta allí era muy peligroso, porque los habitantes de las costas próximas eran caribes.

Constituia otro de los principales adornos de los indios sartas de perlas, que rodeaban sus brazos.

Al preguntarles donde las cogian, manifestaron que al Norte de Paria, y le mostraron las conchas de nácar donde se han hallarlas.

No podia dejar pasar desapercibidos aquellos elementos de riquezas.

El almirante encargó á algunos indios que fuesen á pedir á su jefe ó cacique permiso para que algunos de los suyos llegasen á la playa y visitasen la isla.

Partieron gozosos los emisarios de esta súplica, y no tardaron en volver con el permiso.

Los botes y las carabelas recogieron á bordo algunos oficiales y marineros, y cuando éstos saltaron en

tierra, vieron salir á su encuentro al gran cacique y á su hijo, los cuales les trataron con la mayor consideracion y los llevaron á una especie de palacio, en donde les sirvieron pan de cazabe y frutas exquisitas, al mismo tiempo que licores fabricados con el zumo de aquellas mismas frutas.

La estancia donde se les sirvió aquel banquete era espaciosa y estaba llena de indios de ambos sexos.

Los españoles notaron que los varones se colocaron á un lado y las hembras á otro.

En la etiqueta india era aquello una señal de gran deferencia.

Al terminarse el banquete, el hijo del cacique los llevó á su casa, y allí les ofreció nuevos manjares.

Al retirarse los españoles quisieron acompañarlos para examinar sus buques, y con este motivo tuvo ocasion el almirante de hacerles nuevas preguntas, que hasta cierto punto satisficieron su curiosidad.

Todos ostentaban adornos de oro inferior, y la mayor parte de ellos les ofrecieron loros domesticados que estimaban en mucho.

Pero Colon y los suyos miraban con más cariño las ricas y abundantes sartas de perlas con que se adornaban los indios, y á la menor indicacion se apresuraron á ofrecérselas en cambio de los cascabels, que constituian su delicia.

Por este medio pudo el almirante adquirir gran número de perlas, que se propuso enviar á España como una muestra de las que habia en la isla.

No era posible, en vista de aquel grato descubrimiento, dejar aquel país sin haber establecido antes amistosas relaciones con sus caciques, para explotarlos en lo sucesivo.

Como el hallazgo de las perlas confirmaba la creencia del lapidario, Colon, que habia dicho que cuanto más se acercasen al Ecuador hallarian mayor abundancia de piedras preciosas, dejó volar de nuevo su imaginacion con las alas que le habian dado los datos que habia adquirido en las obras de los geógrafos é historiadores de la antigüedad, y llegó á figurarse que con poco trabajo podrian cargar de perlas un buque, y sorprender con ellas agradablemente á los soberanos de España.

Varios eran los errores que padecia entonces, y el principal de ellos le obligó á continuar su camino.

En la persuasion de que la costa de Paria era una isla, ávido de llegar al paraje en donde los indios le habian indicado que se hallaban las perlas, abandonó Los Jardines, recorrió el golfo hácia el Occidente para buscar el Norte, y descubriendo algunos trechos de tierra firme, los tomó por islas, á las que dió el nombre de Isabel y Tramontana.

Pero á medida que avanzaba en su camino, disminuía la profundidad del agua y era más dulce.

Tuvo que detenerse, porque su buque necesitaba cuando ménos tres brazas de agua, y era menor la distancia que separaba la superficie del fondo.

Detuvóse, pero envió una de las carabelas de menor calado para que descubriese una salida al Océano.

La carabela volvió, y su piloto:

—Sólo hallo una abertura de dos leguas,—dijo,—en el extremo occidental. Esta abertura abre paso á un golfo interior circular, que tiene á su vez cuatro aberturas de pequeños golfos, que más parecen bocas de rio por la dulzura de sus aguas.

Una de aquellas bocas, en efecto, servia para el desagüe del rio Uparipari, que en la actualidad se llama el Paria.

La equivocada creencia que tenia Colon de que en aquel paraje abundaban las perlas, le hizo bautizar con este nombre al golfo.

El piloto que habia llevado esta noticias manifestó que las cuatro aberturas del golfo no interrumpian el continente.

Colon opinó de distinta manera.

En la imposibilidad de avanzar más hácia el Oeste, se encaminó á buscar salida al puerto de la Boca del Dragon.

El triste estado de su salud, la necesidad que tenia de llegar cuanto antes á la colonia para abastecerla de provisiones y reanimar el abatido espíritu de sus compañeros; la afeccion que comenzó á padecer en la vista por efecto de las vigiliass y de los cuidados que habia tenido que emplear en aquel viaje, le estimularon á dejar para otra ocasion más favorable la exploracion completa de aquel país, y el 11 de Agosto se dió á la vela para la Boca del Dragon, deteniéndose dos dias despues en un buen puerto cerca de ella, al que dió el nombre de puerto de los Gatos,

por hallar en las playas una especie de mono muy semejante al gato.

No sin grandes peligros, por los muchos escollos que amenazaban á las embarcaciones, logró penetrar con su bajel en alta mar, vió al Noroeste, á bastante distancia, dos islas, á las que bautizó con los nombres de la Asuncion y la Concepcion.

El 15 del mismo mes descubrió las islas de Margarita y de Cubagua; célebres por sus pesquerías de perlas.

Viendo el almirante en la última muchos individuos pescadores de perlas, que al acercarse las carabelas huyeron, envió dos botes á la playa, los que volvieron con más de tres libras de esta preciosa piedra, ofreciéndoles algunas de un tamaño asombroso.

Ante la esperanza de que se realizarían sus sueños, sintió Colon vivos deseos de continuar sus provechosas exploraciones.

Pero su enfermedad y los temores que abrigaba por el estado de la colonia, le impedían obedecer este impulso de su carácter emprendedor.

Más que la gota, más que todo, le afligia la enfermedad de la vista.

Apenas podia ver, y tenia que valerse para sus observaciones de los pilotos y de los marineros.

El doctor que le acompañaba le anunció que sólo el reposo y el cuidado podrian devolverle la vista.

De lo contrario, le amenazaba una horrible ceguera.

Fué necesario hacer por la salud un sacrificio, y

resolviéndose á enviar á su hermano Bartolomé para que continuase las observaciones que habia emprendido, navegó al Noroeste, llegando el 19 de Agosto á un punto de la isla Española, situado á unas cincuenta leguas al Occidente del rio Ozema.

Sus cálculos habian salido fallidos.

Creia hallarse cerca de las minas de Hayna, y estaban á una distancia bastante grande de este punto.

Envió un bote á tierra con algunos marineros para que buscasen un indio que llevase una carta suya á sus hermanos, y no tardaron en volver con seis indígenas, uno de los cuales llevaba una ballesta española.

Llamóle la atención sobre ella Diego su intérprete el lucayo, y Colon desde luego se figuró que habia ocurrido alguna catástrofe, cuando aquel arma estaba en poder de un indio.

Pero guardó silencio.

Envió un despacho á su hermano con los indios, y prosiguió el viaje hasta la embocadura del Ozema.

Esta navegacion fué larga y penosa.

Cuando más afligido estaba el almirante, notandól que su vista se turbaba por momentos, que la gota le molestaba más que de ordinario; cuando pensaba en los desastres que podian haber acaecido en la colonia durante su larga ausencia, entró Diego á sacarle de su abatimiento.

— Señor, señor, — le dijo, — á lo lejos se descubre una embarcacion española.

— ¿ Viene en direccion nuestra?

— Sí por cierto; y si no me equivoco, es la que se separó de nosotros en las islas Verdes, al mando de vuestro pariente Antonio Colón.

El almirante subió á cubierta.

Quiso ver, pero la nube que cubria sus ojos se lo impidió.

Dos lágrimas abarcaron sus pupilas.

Las carabelas avanzaron hasta encontrarse, y Colón experimentó una ilmensa alegría cuando le dijeron que el adelantado su hermano iba en la embarcación.

Poco despues subió al navio donde estaba el almirante su hermano Bartolomé, y los dos se estrecharon afectuosamente.

No quiso Bartolomé referirle todo lo que habia sucedido.

El estado en que se hallaba su hermano exigia de él cierta reserva para no empeorarle.

Dispusieron que los dos buques se encaminaran hácia el puerto en donde habia establecido Bartolomé la colonia que le habia encargado el almirante; colonia á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, y una vez en él desembarcaron.

Las circunstancias le obligaron á no dar á su hermano más que un dia de reposo.

Al siguiente no tuvo más remedio que noticiarle todo lo que habia pasado.

Mucho valor necesitaba para soportar aquellas nuevas adversidades.

¡Cuantos desastres, cuántos horrores habian tenido lugar durante su ausencia!

— Pero mejor que asistir á la conversacion de los dos hermanos, será reseñar con todos sus pormenores los acontecimientos que habian ocurrido en aquel país desde que Colón se dió á la vela con el arrogante Aguado, hasta que en los brazos de su hermano Bartolomé llegó á la nueva colonia que por su órden habia fundado en las márgenes del rio Ozema.